

*Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective* [La reconceptualización del campesinado. La antropología en la perspectiva global], de Micheal Kearney, Westview Press, 1996, 210 pp.

● SOBRE QUÉ BASES SE CONSTRUYE EL CONCEPTO de “campesino” en la era de la globalización? ¿Interesa este sujeto social tan en boga en décadas pasadas? ¿O es el concepto de “campesino” —aún objeto del discurso político oficial y de las ópticas desarrollistas internacionales— tan débil como los presupuestos remanentes que en la era neoliberal intenta hacer del poblador rural con tierra un productor eficiente en el mercado internacional? En vez de este micro-empresario con prácticas agrícolas sustentables y exportador (lo que vemos hoy), son productores del campo inmersos en múltiples estrategias de sobrevivencia: productor endeudado, en proceso de regresión tecnológica, de subsistencia, jornalero, migrante, empleado, albañil, vendedor ambulante. A pesar de que no se trata de un fenómeno nuevo, falta por reconocer que el campesino no es un sujeto fragmentado en múltiples roles, sino un sujeto distinto de ese campesino de nuestro imaginario construido sobre la base tierra y el quehacer agrícola.

El tema es de importancia y la discusión ha estado latente desde el debate campesinista de los años setenta; empero, en vez de hacerle frente, se abandonó y el interés se enfocó a nuevas categorías clasificatorias de los pobladores rurales: “pobre”, “potencialmente productivo”, etcétera, sin una discusión de su “transformación”.

Michael Kearney recoge el reto de definir este sujeto en un libro provocador y polémico que debe ser lectura obligada para los que estudiamos el campo. El campesino ha sido un sujeto siempre difícil de definir dentro de las economías de mercado. ¿Alguna vez existió el campesino? Kearney ubica el interrogante desde la teoría antropológica y aborda dos objetivos: a) revisar el concepto de “campesino/campesinado” y construir un nuevo concepto acorde con la realidad del sujeto social que se relaciona con el quehacer del campo; b) hacer esta revisión y construcción a partir del contexto histórico y social en que se construye la categoría, contexto en constante transformación. En el recorrido retrospectivo para llegar a la reconceptualización, revive el debate sobre el campesinado. Un ejercicio teórico que resulta provocador, sugerente y, por supuesto, necesario.

En este recorrido, Kearney se enfrasca en un constante diálogo crítico con las teorías antropológicas y de desarrollo y, en torno a su propio discurso crítico, intenta construir los argumentos para una reconceptualización del campesinado. Para ello destaca el concepto de “clase” y “valor”. Su meta es llegar a una reconceptualización basada en la teoría del valor (valor trabajo y valor dado por la distribución). Mientras que la primera vertiente es la parte más sólida del análisis, la última resulta en una propuesta insuficientemente explicada o acabada que deja muchas interrogantes al lector.

La propuesta es de verdad polémica y sugerente. Kearney se sitúa [...] en el margen entre dos esferas modernas, que en este caso son esferas de teoría, esto es la de la economía y la de la cultura. En pocas palabras, veo que los enfoques anteriores sobre la diferenciación campesina es excesivamente economicista o demasiado culturalista para comprender en forma adecuada los procesos históricos de tal naturaleza. Argumento que la reconceptualización de una “totalidad compleja” no se puede lograr mediante el enlace de algunas interpretaciones culturales con el análisis económico. En su lugar, es necesario una reconstitución de lo económico y lo cultural (p. 12).

Los argumentos eje que atraviesan su análisis son:

- la crítica a la visión dualista que ha construido dicotomías en las ciencias sociales, y que persisten en la perspectiva del desarrollo basado en las teorías de la modernización: lo tradicional-lo moderno; lo rural-urbano; campesino-*farmer*; proletario-capitalista, construcciones sobre un eje de tendencia progresiva unilateral;
- la “clase” y la “diferenciación” como ejes de la reconceptualización, lo que remite a la teoría del valor;
- la necesidad de ampliar la teoría del valor a una teoría que Kearney llama una “teoría general del valor”, que comprende el valor creado por la producción (valor trabajo) y por la distribución debido a la incorporación de atributos como cultura y poder.

La lectura del libro se puede hacer desde distintas ópticas: la antropológica, que subraya la cultura e identidad; de la Sociología: los nuevos movimientos sociales, la discusión de la representación política; del análisis de discursos; de la economía política. En esta reseña no es mi intención referirme a tan complejo escrito en todos sus aspectos, sino hacer una reflexión sobre algunos argumentos centrales de Kearney que considero controvertidos; para ello me ubico en la perspectiva de la economía política.

Los primeros capítulos analizan el concepto de “campesino” como una categoría antropológica; retomo los argumentos correspondientes al final de esta parte. El “campesino” encuentra su auge en la óptica desarrollista de los años cincuenta y siguientes, cuando se convierte en “el otro” frente al “nosotros” (occidental), objeto de la acción deliberada de transformación para convertirlo en un productor moderno. Estas bases, dice Kearney, sobre las que se construyó el concepto “campesino” son endebles teóricamente; asimismo, las bases económicas, sociales y políticas en que descansa están siendo desmembradas con la globalización y el fin de los proyectos nacionales. Además, el propio “campesino” como tal rara vez existió en el mundo contemporáneo.

Kearney considera la crítica de la teoría de desarrollo como punto decisivo para iniciar la deconstrucción del concepto “campesinado”. Esta crítica se inicia con la teoría de la dependencia y de ahí evoluciona el debate, ya sobre las bases de la política económica, que incorpora a la Antropología Económica.

Atribuye a la teoría de la articulación la clave para iniciar la tarea de la reconceptualización, ya que proporciona los elementos teóricos para entender las

funciones múltiples de la unidad de producción campesina y la articulación de distintas formas de producción: la de la economía campesina y la capitalista.

Recordemos los argumentos principales: formas no capitalistas<sup>1</sup> de producción pueden coexistir bajo el modo de producción capitalista. Como forma de producción simple (M-D-M), la economía campesina se articula a los mercados (capitalistas) de trabajo y de mercancías. Debido a que la fuerza de trabajo se reproduce parcialmente dentro del ámbito de la economía campesina, su costo de reproducción no requiere ser cubierto en su totalidad por el salario. Por tanto, el costo de la fuerza de trabajo que ofrecen los miembros de la unidad doméstica campesina puede ser más barato que el del trabajador totalmente proletariado.

Los bienes producidos por la economía campesina son valores de uso. Se transforman en valores de cambio al ingresar al mercado; pero debido a que el productor directo se encuentra inmerso en una forma de reproducción simple, está dispuesto a vender sus bienes sin reclamar la ganancia media ni la renta de la tierra. En condiciones de productividad media, los bienes campesinos transformados en mercancía transfieren valor, ya que el precio recibido es inferior al que hipotéticamente le correspondería como mercancía "capitalista" ( $V_c > P_p > P_m$ ).<sup>2</sup>

La articulación funcional es precisamente la capacidad de la economía campesina de entregar a la economía capitalista fuerza de trabajo y productos agrícolas (alimentos) baratos. De acuerdo con la teoría marxista, ésta sería una fase transitoria de subsunción formal de modos de producción no capitalistas al capital.<sup>3</sup>

Kearney se basa en el trabajo de Alain de Janvry<sup>4</sup> para desarrollar su argumentación. Atribuye a este trabajo ser el punto clave para poder iniciar la tarea de la reconceptualización del campesinado. De Janvry analiza la unidad doméstica campesina como una unidad multisectorial en la que los hogares adoptan múltiples y complejas estrategias con el fin de localizar sus recursos y derivar los ingresos necesarios para la reproducción de la unidad. Son sobre todo unidades semidepauperadas (a diferencia de las semiproletarizadas, que indican la vía a la asalarización de la fuerza de trabajo). Estos procesos que —de acuerdo con De Janvry— llevan a la diferenciación externa y a la posibilidad de construir tipologías a partir de las unidades de producción campesinas, dan la clave a Kearney para la diferenciación interna del campesinado, base para la reconceptualización.

Aparentemente inspirado por la visión economicista, en el capítulo 4 Kearney formaliza un modelo de articulación para ilustrar las bases teóricas de ésta (transfe-

<sup>1</sup> Kearney utiliza "modos" de producción sin tomar en cuenta si este término resulta apropiado o no para la economía campesina.

<sup>2</sup>  $V_c$ , valor del bien campesino;  $P_p$ , precio de producción;  $P_m$ , precio de mercado.

<sup>3</sup> Véase A. Bartra, *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Editorial Macehual, 1979. En su momento, la transferencia de valor mediante la articulación fue objeto de arduas discusiones; pero Kearney no entra en el debate. Respecto de la transferencia de valor mediante los mercados de productos, no menciona a la vasta producción de la vertiente francesa como Servolin, Mollard.

<sup>4</sup> A. de Janvry, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1981.

rencia de valor). El lector se pregunta cuál es la aportación de tal ejercicio, que además presenta imprecisiones conceptuales. Por ejemplo, Kearney sostiene que hay una transferencia de valor por la extracción de plusvalía mediante la venta de la fuerza de trabajo de la unidad campesina (a bajo costo), pero no hace la distinción de que se trata de una sobreexplotación de la fuerza de trabajo; señala que “los miembros de las unidades domésticas que trabajan, por ejemplo, como migrantes, reciben un pago inferior que el valor añadido a las mercancías por su trabajo” (p. 99), situación inherente a todo asalariado capitalista y no exclusivo de la articulación.

En el mercado de productos, Kearney sostiene que el campesino transfiere valor debido al intercambio desigual; pero confunde el concepto de “intercambio desigual” con el de “transferencia de excedente”. Según Kearney, los campesinos pagan precios más altos por los bienes que compran y venden sus productos más baratos debido al poder de los comerciantes y usureros. Es válido, pero se trata de una transferencia del excedente, sea del remanente del producto sobre el consumo (necesario o no), pero no de un intercambio desigual.<sup>5</sup> De acuerdo con la definición de “intercambio desigual”, dada la inmovilidad del factor trabajo entre dos economías de distinta composición orgánica del capital (naciones periféricas y naciones centrales) que intercambian mercancías, el país con bienes de mayor contenido de plusvalía transfiere dicho valor al otro país. Esto al realizarse la perecuación de la tasa de ganancia en beneficio del país con una mayor composición orgánica del capital.<sup>6</sup> En el caso de la unidad de producción campesina, se trata de transferencia de valor debido a que el precio a que vende el campesino es inferior al precio de producción capitalista; no debido al poder monopólico de los comerciantes y usureros, sino por ser inherente al modo de producción (M-D-M) no reclamar la renta de la tierra ni la ganancia media.

En la formalización de Kearney, la unidad campesina está en equilibrio cuando produce lo que consume más los gastos de reproducción. El equilibrio se perturba cuando la producción es insuficiente, y se recurre a obtener un ingreso extraprecial monetario. Así se logra un nuevo equilibrio mediante la articulación; pero, y aquí interviene el autor, dicho equilibrio es perturbado por un factor demográfico: los miembros de la unidad familiar no nacen en la unidad campesina, trabajan fuera y regresan a morir en la unidad, sino que en generaciones sucesivas se van integrando a la economía receptora de la fuerza de trabajo, por ejemplo, los migrantes. La transferencia de valor va disminuyendo. Allí deja su ejercicio economicista y señala la contradicción inherente de la teoría de la articulación. Asimismo, deja al lector el esfuerzo de recuperar los hilos de su argumentación, algo frecuente a lo largo del libro.

<sup>5</sup> Afortunadamente, no afecta sus ecuaciones.

<sup>6</sup> Véase De Janvry, *ibid.*, para una revisión del concepto de “intercambio desigual”, de Emmanuel y Amin.

En el capítulo cinco, Kearney retoma el tema del análisis de la nueva realidad en que se ubica el campesino y los múltiples contextos en que se mueve como semiasalariado, migrante, etcétera, dejados ya expuestos por el texto de De Janvry, contexto en que el campesino se desenvuelve como un ser marginal y ambiguo entre las categorías definitorias a las que escapa. Desarrolla las propuestas en torno a la construcción de un nuevo concepto del sujeto que “fue” el campesino. A diferencia de lo que él señala que ha sido la crítica posmoderna de la teoría marxista y de los nuevos movimientos sociales, no se debe descartar el concepto de clase ni de diferenciación externa, sino elaborar sobre éstos y agregar la diferenciación interna.

Una plena teoría de clases, dice, corresponde a las realidades económicas y políticas de la globalización. Esto entraña rescatar el concepto básico de la teoría de clases: la teoría del valor. En otras palabras, Kearney se enfrenta a la tarea de incorporar la teoría del valor para explicar la compleja identidad del ambiguo sujeto “campesino”. Se trata de una teoría del valor que incorpora el entendimiento contemporáneo de la distribución diferencial del valor en la formación de identidades y relaciones complejas. Para ello remite al trabajo de Bourdieu<sup>7</sup> sobre las formas de capital y al análisis de la cultura y lo simbólico. Inspirado en el concepto de “capital cultural”, propone una teoría general del valor que comprenda formaciones sociales capitalistas y no capitalistas, y que fusione lo económico con lo cultural.

A partir de aquí, si bien los argumentos basados en el conocimiento empírico —los migrantes mixtecos— son explícitos, el desarrollo teórico de la propuesta no está suficientemente explícita. A diferencia de la minuciosidad con que expone la teoría de la articulación para de-construir el concepto de campesinado basado en la categoría de clase sobre las relaciones de producción, en esta parte la exposición carece de profundidad y claridad, y da por asentado que el lector conoce bien las teorías de Bourdieu y Baudrillard,<sup>8</sup> cuando justamente se trata de las bases de la propuesta original de Kearney y por tanto amerita el mismo desarrollo explicativo que destinó a la exposición de las teorías anteriores.

Para llegar a una teoría general del valor, dice Kearney, es necesaria una teoría de la distribución del valor con base en los conceptos de “valor de signos” (*sign value*) y “valor-poder” (*power value*).

En su multifuncionalidad compleja, el campesino se aleja de su identidad dada por las relaciones de producción para incorporar “otras” identidades atribuidas a su condición, como por ejemplo “migrante”. Como tal, rebasa las categorías definitorias que lo limitan como objeto en el espacio y tiempo para ser un sujeto que porta no fragmentos múltiples de roles sino puntos nodales que lo constituyen un sujeto distinto: un “polibio” que se escapa de los límites que definen categorías, se desplaza

<sup>7</sup> Pierre Bourdieu, “The forms of capital”, en *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York, Greenwood Press, 1990.

<sup>8</sup> Jean Baudrillard, *For a Critique of the Political Economy of the Sign*, traducción con una Introducción de Charles Levin, St. Louis, Telos Press, 1981.

en el espacio transnacional y se adapta versátilmente “como un camaleón”. Es una “unidad” (persona) que ocupa posiciones de clase distintas y hasta antagónicas. El reto analítico y político es encontrar las dimensiones de identidad que incorpore las múltiples identidades de este individuo.

Retoma el concepto de “valor”: introduce el concepto de “valor de signos” (*sign value*) como determinante de la identidad subjetiva. Siguiendo a Baudrillard, desplaza el análisis clásico del valor de la esfera de la producción a la esfera del consumo, al proponer que los “signos” contienen un poder de transformación al ser “consumidos”. En el capitalismo tardío, la identidad es determinada más por el consumo de valor simbólico que por la posición en la esfera de la producción. De esta manera proyecta lo económico a la esfera de lo cultural. La conciencia de clase, la identidad, es moldeada por el consumo y dentro de dicha esfera se incorpora la cultura.

Dentro de la nueva complejidad en que el supuesto campesino es desplazado de su ubicación como productor agrícola (para entrar a campos complejos de producción, reproducción y lucha por la apropiación del valor), se realizan circuitos complejos de flujos de intercambio y acumulación en donde se sitúan estos sujetos. El valor se manifiesta como valor material y valor de signos cargados de significado simbólico, que a su vez otorga “poder” a los individuos. En la lucha por la apropiación del valor, la identidad (incluyendo la cultura) reclama parte del valor distribuido. La posición del individuo frente a la distribución de valor está relacionada con la diferenciación interna dentro de la clase. A partir de dicha argumentación, Kearney procede a discutir cómo se construye un sujeto “reconceptualizado” con base en identidades complejas acordes con la realidad global, sin dejar de lado la “clase” y la diferenciación externa, sino agregando como nuevo elemento la diferenciación interna dada por la distribución del valor. Si bien sus argumentos basados en la referencia empírica de los migrantes mixtecos a California es convincente, no logra construir los fundamentos teóricos basados en la teoría del valor. Enuncia las ideas, pero no las desarrolla analíticamente y no logra hacer el enlace entre la teoría del valor-trabajo y la teoría de la distribución del valor.

Concluye que el concepto de “clase”, como él lo propone, es la estructura del espacio social dentro del cual se crea y se distribuye el valor-poder. La clase está inmersa en los sujetos, a la vez que los sujetos son definidos por las múltiples dimensiones de clase que los penetran; dicha interpretación de identidades resulta en una diferenciación interna.

En otras palabras, reconoce que la posición que ocupa el sujeto en la esfera de la producción tiene efectos formativos sobre la identidad; pero tales sujetos están enfrascados en relaciones productivas no contiguas. El consumo es fundamental para la constitución de los sujetos internamente diferenciados; no sólo el consumo de valores económicos sino el de valor de signos (*sign value*) nutre la identidad de clase.

En el último capítulo, Kearney lleva la consecuencia de la identidad al terreno de la representación política y las bases de los nuevos temas en torno a los que se conforman las luchas en el mundo global: la etnicidad, los derechos humanos, la ecología. Cierra el círculo de su argumentación: la reconceptualización del campesinado tie-

ne repercusiones prácticas profundas. La construcción de identidades significa la posibilidad de constituir un poder de representación política y adoptar estrategias de lucha de los sujetos sociales. En la actualidad, los sujetos del ejemplo de Kearney no son los campesinos sino “los mixtecos” que luchan por la apropiación o retención del excedente económico.

*Kirsten Appendini*